

Los 39 escalones

A
Thomas Arthur Nelson
(caballero fronterizo y de Lothian)

Mi querido Tommy:

Venimos albergando tú y yo, desde tiempo atrás, un cariño especial por esa clase de relato primordial que los estadounidenses denominan «novela de diez centavos»¹ y que nosotros denominamos *shocker*: el romance en el que los incidentes desafían todas las probabilidades, pero avanzan dentro de los límites de lo posible. En el transcurso de una enfermedad, el invierno pasado, agoté todas mis reservas de esas muletas de la alegría y me sentí impulsado a escribir una para mí. El resultado es este pequeño volumen y me gustaría dedicártelo a ti en recuerdo de nuestra larga amistad, especialmente en una época en que la ficción más descabellada resulta ser mucho menos improbable que los hechos reales.

J. B.

CAPÍTULO I

El hombre que falleció

Regresé de la *City* una tarde de mayo, a eso de las tres, bastante hastiado de la vida. Llevaba tres meses en la madre patria y ya me había hartado de todo. Si un año antes me hubieran dicho que iba a sentirme así, me habría partido de risa; pero esto era lo que había. El tiempo me ponía de mal humor, la charla del inglés corriente me enfermaba, no lograba hacer suficiente ejercicio y las atracciones que ofrecía Londres me parecían menos excitantes que una botella de gaseosa abandonada al sol. «Richard Hannay», me decía a mí mismo, «amigo mío, has ido a caer en la cuneta equivocada; más te vale salir de ahí».

Me mordía los labios solo de pensar en todo lo que había construido durante los últimos años en Bulawayo². Acumulé una buena fortuna, que tampoco es que fuera inmensa, pero me bastaba y me sobraba. Pensé entonces en todo lo que podría hacer para entretenerme. Mi padre me había sacado de Escocia a la edad de seis años, y yo no había vuelto a casa desde entonces; Inglaterra, por tanto, se me antojaba como una suerte de país de *Las mil y una noches*, donde podría quedarme a pasar el resto de mis días.

Pero me decepcionó nada más llegar. En apenas una semana ya me había cansado de hacer turismo, y en me-

nos de un mes estaba harto de los restaurantes, los teatros y las carreras. Tampoco tenía ningún amigo de verdad que me acompañara a los sitios, lo cual probablemente explicaba bien mi situación. La gente me invitaba a su casa de visita, pero tampoco es que mostraran excesivo interés en mi persona. Me lanzaban una pregunta o dos sobre Sudáfrica y luego seguían charlando de sus asuntos. Había damas de las colonias que me invitaban a tomar el té a fin de presentarme a maestros venidos de Nueva Zelanda o editores oriundos de Vancouver; esas eran las tardes más deprimentes. Y así andaba yo por la vida a mis treinta y siete años, en buena forma, con suficiente dinero para pasarlo bien, pero sin dejar de bostezar todo el día. Había resuelto empaquetar todas mis cosas y regresar al *veld*³, pues me había convertido en el tipo más apático de Gran Bretaña.

Aquella tarde en particular la había pasado dando la lata a mis inversores sobre mi fortuna, más que nada por tener la mente ocupada, y, de vuelta a casa, me detuve en el club (más que un «club» se trataba de un bar discretito que admitía a parroquianos provenientes de las colonias). Me tomé una copa y leí los periódicos de la tarde. Solo hablaban de las trifulcas de Oriente Próximo, y uno traía un artículo sobre Karolides, el primer ministro griego. Me caía bien el tipo. Todo el mundo estaba de acuerdo en señalarlo como el verdadero protagonista de la función; y además jugaba de manera honrada, que ya era más de lo que podía decirse de aquella gente. Parece ser que en Berlín y Viena lo odiaban de forma visceral, pero nosotros íbamos a apoyarle; otro periódico declaraba que el dignatario era lo único que separaba a Europa del Armagedón. Recuerdo preguntarme a mí mismo si sería capaz de conseguir trabajo por aquellos lares. Albania me parecía el sitio perfecto, donde un hombre jamás podría bostezar.

Volví a casa hacia las seis de la tarde, me vestí, cené en el Café Royal y me metí a ver un espectáculo de *music-*

hall. Se trataba de una función bobalicona, llena de mujeres brincando y tipos con caretas de mono, de modo que no tardé en marcharme. Volví al piso que había alquilado cerca de Portland Place bajo una agradable noche despejada. Oleadas de gente me adelantaban por la acera, charlando, ajetreadas, y sentí envidia de todos ellos porque tenían cosas que hacer. Las dependientas, los secretarios, los vividores y hasta los policías... todos albergaban intereses de algún tipo que los mantenían vivos. Di media corona a un mendigo porque lo vi bostezar; los dos padecíamos la misma angustia. En Oxford Circus alcé la vista hacia el cielo primaveral e hice una reverencia. Decidí darle a la vieja metrópoli un día más para que me apañara algo. Si no ocurría nada, tomaría el siguiente barco con destino al Cabo⁴.

Mi apartamento ocupaba la primera planta de un bloque nuevo de pisos construido detrás de Langham Place⁵. Había una escalera común, con ascensorista y portero a la entrada, pero no disponía ni de restaurante ni de nada que se le pareciera; cada piso estaba bastante aislado de los demás. Odio tener servicio interno en casa, así que pagaba a un sirviente para que me cuidara durante el día. Este llegaba cada mañana antes de las ocho y solía irse hacia las siete, pues no tenía yo costumbre de cenar en casa.

Justo al meter la llave en la cerradura advertí la presencia de un tipo a la altura de mi codo. No lo había sentido acercarse, de modo que su repentina aparición me produjo un sobresalto. Se trataba de un señor delgado, de penetrantes ojos azules, y con una barba cortita y castaña. Lo reconocí como el residente del apartamento del piso de arriba, con quien alguna vez me había cruzado de día por las escaleras.

—¿Puedo hablar con usted? —me preguntó—. ¿Me deja pasar un minuto? —el tipo hacía esfuerzos por calmar la voz mientras me agarraba el brazo de manera brusca.

Abrí la puerta e hice un gesto invitándole a pasar. No bien cruzó el umbral cuando se apresuró hacia la habitación del fondo, donde yo solía fumar y escribir la correspondencia. Luego volvió hacia la puerta como un rayo.

—¿Está la puerta cerrada? —preguntó enfebrecido, y echó la cadena él mismo.

—Lo siento en el alma —dijo con humildad—. Me he tomado muchísimas libertades, pero usted parece ser una persona comprensiva. He pensado mucho en usted toda esta semana pasada, desde que las cosas se pusieron feas. Dígame, ¿le importaría hacerme un favor?

—Le escucho —repuse yo—. Es lo único que puedo prometerle.

Empecé a preocuparme por las excentricidades de aquel hombrecillo nervioso.

Había junto a él una bandeja con bebidas, de donde se sirvió un whisky con soda bien cargado. Se lo bebió en tres tragos y al posar el vaso sobre la bandeja abrió una grieta en el cristal.

—Discúlpeme —continuó—, estoy muy nervioso esta noche. Verá, resulta que ahora mismo estoy muerto.

Me senté en mi sillón y encendí una pipa.

—¿Y cómo se siente estando muerto? —le pregunté. En aquel momento tenía la certeza de estar tratando con un chalado.

Una sonrisa pasó fugazmente por su rostro apesadumbrado.

—No estoy loco... aún. Verá, señor mío, he estado dedicando mucho tiempo a observarlo y creo que es usted un inquilino tranquilo. También creo que es un hombre honrado, que no le tiene miedo a correr riesgos cuando es necesario. Voy a depositar mi confianza en usted. Necesito ayuda como el que más y querría saber si puedo contar con la suya.

—Siga hablando —repuse—. Después le daré mi respuesta.

Parecía que se disponía a realizar un esfuerzo ímprobo, pero lo que hizo en realidad fue contarme el lío más extravagante y confuso de todos los tiempos. Me perdí mucho al principio y hube de interrumpirle de vez en cuando para que me aclarara las dudas. Esto es lo fundamental de la historia.

El hombre era americano, de Kentucky, y como era persona de posibles, salió a ver mundo tras pasar por la universidad. Escribía un poco, trabajó como corresponsal de guerra para un periódico de Chicago, gracias a lo cual pasó un año o dos en el sudeste de Europa. Deduje que se le daban bien las lenguas y que llegó a conocer bastante bien a las gentes de aquellos lares. Hablaba con cierta familiaridad de personas a las que solo conocía por los periódicos.

Me contó que había hecho sus pinitos en política, al principio porque le interesaba, y después porque ya no pudo evitarlo. Veía yo en él a un tipo listo e inquieto, siempre con voluntad de llegar al fondo de los asuntos. El fondo que él mismo alcanzó, sin embargo, resultó ser más profundo de lo que él hubiera deseado.

Les transmito a ustedes lo que él me contó y lo que yo pude colegir. Ahí fuera, oculto tras una maraña de gobiernos y ejércitos había un movimiento clandestino diseñado por gente muy peligrosa. Se topó con él por casualidad; quedó fascinado, siguió investigando y lo pillaron. Deduje que la mayor parte de la gente que andaba allí metida serían los clásicos anarquistas de buena educación que se dedican a montar revoluciones, y que, aparte de estos, también habría inversores intentando sacar dinero de algún modo. Un tipo listo puede llegar a obtener grandes beneficios de cualquier mercado cuando este se halla en proceso de colapso, y era típico de ambas clases de gentes, anarquistas e inversores, el tener a Europa bien agarrada por las orejas.

El hombre me contó una sarta de extravagantes historias que, sin embargo, servían para explicar muchos

de los acontecimientos que más me habían sorprendido en el pasado: sucesos acaecidos en la guerra de los Balcanes, por qué de repente salía victorioso un estado, cómo se tejían y se rompían según qué alianzas, cómo es que desaparecen ciertas personas de la faz de la tierra y, en fin, cuáles eran los verdaderos motivos de la guerra. El objetivo general de la conspiración era conseguir que Rusia y Alemania se enfrentaran entre sí.

Cuando pregunté el motivo de todo esto, el tipo me contestó que la banda de anarquistas veía una oportunidad fabulosa en ese futuro conflicto. Todo estaría en juego y ellos se encargarían de propiciar la aparición de un nuevo orden mundial. Los capitalistas, por su parte, harían caja y amasarían enormes fortunas al hacerse con los restos del naufragio. El capital, decía, no tiene ni patria ni conciencia. Además, los judíos estaban detrás de todo el tinglado, y los judíos odian a los rusos más que al propio demonio.

—¿De veras le sorprende? —exclamó—. Han venido persiguiéndoles durante trescientos años y este es el partido de vuelta de los *pogromos*⁶. El poder judío está en todas partes, pero hay que bajar a las profundidades del submundo clandestino para encontrarlo. Fíjese en las compañías alemanas. Si quiere entablar negocios con alguna, al primer tipo al que le presentan es el príncipe *von und zu* de tal y cual, un joven elegante que habla inglés con acento de Eton y Harrow⁷, pero que no manda nada. Si el negocio que quiere montar es de cierta entidad, deja usted atrás al príncipe y le mandan a un *westfaliano*⁸ con prognatismo, de frente prominente y modales de marrano, es decir, el típico empresario alemán que horroriza a los periódicos ingleses. Y si ya su negocio es a lo grande y está obligado a tratar con el verdadero jefe, le apuesto diez a uno a que le presentan al pequeño judío pálido, el que va en silla de ruedas y con mirada de serpiente de cascabel. Sí señor, ese es el tipo que gobier-

na el mundo hoy por hoy, y tiene el cuchillo clavado en el imperio del zar porque su tía está furiosa y a su padre lo apalearon en algún pueblucho perdido a orillas del Volga.

No pude por menos de replicar que aquellos judeo-anarquistas a los que se refería tampoco es que hubieran recibido muy buen trato en el pasado.

—¡Sí y no! —repuso—. Ganaron hasta cierto punto, y además se toparon con algo mejor que el dinero, algo que no puede comprarse ni por todo el oro del mundo: el viejo instinto humano de lucha. Si a uno lo van a matar, conviene inventarse una suerte de bandera, alguna patria por la que luchar, y si luego se sobrevive, se acaba amando el invento. Esa banda de soldados, esa turba de necios ha encontrado una causa por la que morir, lo cual a su vez ha trastocado los planes que se habían diseñado en Berlín y Viena. Mis amiguitos, sin embargo, no han jugado en absoluto su última baza. Guardan un as en la manga y a menos que yo logre mantenerme con vida durante un mes, van a jugárselo y van a ganar.

—¡Vaya!, creía que usted ya estaba muerto —interrumpí.

—*Mors janua vitae*⁹ —soltó con una sonrisa; reconocí la cita, pues era todo el latín que sabía—. Voy a ello, pero antes debo contarle un montón de cosas. Si lee los periódicos habitualmente, supongo que le sonará el nombre de Constantine Karolides.

Me enderecé en el respaldo al oír esto último, pues había leído mucho sobre él aquella misma tarde.

—Karolides es el tipo que ha dado al traste con los juegos de esa gente. Es la única mente preclara en toda esta función, y además resulta que es un hombre honrado. En consecuencia, lleva un año amenazado de muerte. Yo mismo lo descubrí —no es que fuera muy difícil, cualquiera podría haberlo hecho—. Pero también descubrí el modo como querían llegar hasta él, información

que ha resultado ser letal. Por ese motivo, me he visto obligado a fallecer.

Se tomó otra copa, que yo mismo le preparé, pues el tipo empezaba a interesarme.

—No pueden tocarlo en su propio país, porque lo sigue a todas horas una guardia de epirotas¹⁰ que no dudarían en despellejar a sus propias abuelas si fuera necesario. Sin embargo, Karolides viene a Londres de visita el quince de este mes. Al Foreign Office¹¹ le ha dado por organizar meriendas internacionales, y la mayor de todas ellas tendrá lugar ese mismo día. Karolides es el invitado de honor y, si mis amiguitos se salen con la suya, jamás volverá a ver a sus adeptos compatriotas.

—No parece tarea complicada, la verdad —repuse—. Póngalo sobre aviso y que se quede en casa.

—¿Y seguirles el juego? —inquirió de forma brusca—. Si Karolides no aparece por aquí, ellos ganarán la partida; Karolides es el único que puede resolver todo este embrollo. Y si ponemos a su gobierno en alerta, tampoco vendrá, pues no tiene ni idea de lo que está en juego el quince de junio.

—¿Y qué hay del Gobierno británico? —pregunté—. No van a permitir que maten a sus invitados. Guíñeles un ojo y tomarán todas las precauciones que sean necesarias.

—No serviría de nada. Podrían forrar la ciudad con detectives de paisano, pondrían el doble de agentes de policía y Constantine seguiría siendo un hombre condenado. Mis amigos no juegan la partida por diversión. Anhelan un evento importante para llevar a cabo el magnicidio, con los ojos de toda Europa puestos sobre ellos. A Karolides lo matará un austríaco, y habrá cantidad de pruebas que apunten a la connivencia de los prebostes de Viena y Berlín para cometer el asesinato. Huelga decir que será todo una enorme e infernal patraña, pero el asunto parecerá lo suficientemente turbio a ojos

del mundo entero. Resulta que conozco todos los detalles de tamaño y sobrecogedor ardid, y puedo decirle que se trata de la ruindad más perfecta y colosal que acaso se haya cometido desde los Borgia. Para poder evitarlo, cierta persona conocedora de los mecanismos de esta intriga deberá aparecer viva en Londres el quince de junio. Y esa persona es servidor de usted, Franklin P. Scudder.

El tipo empezaba a gustarme. Su mandíbula se cerró como se cierra el mecanismo de una trampa para ratas, y a renglón seguido sus penetrantes ojos reflejaron el fragor de la batalla. Si me estaba contando una fábula, lo cierto es que sabía escenificarla muy bien.

—¿Dónde se ha enterado de todo esto? —inquirí.

—Me llegaron los primeros indicios en una posada a orillas del lago Achen, en el Tirol. A partir de ahí me puse a indagar y recogí las demás pistas en un bazar de pieles en las juderías de Budapest¹², en el Strangers Club de Viena y en una pequeña librería frente a la Racknitzstrasse de Leipzig¹³. La prueba definitiva, sin embargo, la obtuve hace diez días en París. No puedo darle ahora todos los detalles, pues sería un poco largo de contar. Mas cuando el asunto quedó claro en mi cabeza, supe que debía desaparecer, y llegué aquí siguiendo una ruta de lo más extravagante. Dejé París siendo un presumido joven americano de origen francés y zarpé de Hamburgo haciéndome pasar por vendedor de diamantes judío. En Noruega fui un inglés estudioso de Ibsen en busca de material para mis conferencias, pero cuando salí de Bergen¹⁴ me fui como cineasta especializado en películas de esquí. Llegué aquí, por último, proveniente de Leith¹⁵, con un buen puñado de historias sensacionalistas que ofrecer a los editores de la prensa londinense. Hasta ayer creía haber borrado bien mi rastro, e incluso me sentía muy satisfecho al respecto. Pero entonces...

El recuerdo pareció inquietarlo, y bebió un buen trago de whisky.

—Entonces vi a un tipo apostado a la entrada de nuestro bloque. Procuro permanecer recluido en mis aposentos durante el día, salgo solo durante una o dos horas después del anochecer. Lo observé un rato desde mi ventana y creí que me sonaba... Entró y habló con el portero... Ayer, cuando volví de mi paseo nocturno, me encontré con una tarjeta en el buzón. Llevaba el nombre de la última persona con la que quería toparme en este mundo de Dios.

Creo que fue la expresión de los ojos de mi interlocutor, el desnudo y absoluto pánico que reflejaba su rostro, lo que terminó por convencerme de su sinceridad. Mi propia voz se agudizó un poco al preguntarle por lo que hizo a continuación.

—Me di cuenta de que me había metido en un bote cerrado, como si fuera un arenque conservado en salmuera, y de que solo había una salida posible. Tenía que morir. Si mis perseguidores pensaban que había muerto, se irían a dormir tranquilos.

—¿Y cómo se las arregló para hacerlo?

—Dije a mi sirviente que me encontraba bastante mal, y me caractericé para parecer hombre muerto. No me resultó difícil, pues tampoco soy manco con los disfraces. Me hice con un cadáver (en Londres siempre se puede conseguir un cadáver si sabes dónde buscarlo). Lo metí en un baúl y lo traje en un carromato de carga, aunque tuvieron que ayudarme a subirlo hasta mis aposentos. Me acosté y le pedí a mi sirviente que me preparara un remedio para dormir bien. Después le dije que se fuera. Él quería llamar a un médico, pero con algún que otro improprio le dije que no aguantó las sanguijuelas. Estando ya a solas empecé a retocar el cadáver. Era de mi talla, y parecía que había muerto por beber demasiado, así que dejé varias botellas de licor rodando por la estancia. La mandíbula era lo que menos se me parecía, así que la hice añicos con un revólver. Me atrevo

a decir que mañana saldrá alguien jurando haber oído un disparo, pero tampoco hay vecinos en mi piso, y por eso supuse que podía correr el riesgo. Hecho esto, le puse mi pijama al cadáver, lo metí en la cama, dejé un revólver sobre las sábanas y monté un desorden considerable. Me atavié entonces con unas ropas que tenía preparadas en caso de emergencia. No me atreví a afeitarme por miedo a dejar huellas, además de que no me iba a servir de mucho en mi propósito de llegar a la calle. Pensé en usted todo el día, y no veía ninguna solución más que apelar a su buena voluntad. Miré por la ventana hasta que lo vi llegar a casa, momento en que me escabullí por la escalera para encontrarme con usted. En fin, señor mío, me parece que ya sabe usted lo mismo que yo sobre este asunto.

Se sentó parpadeando como un búho, como agitado por los nervios, pero desesperadamente resuelto. A estas alturas ya me había convencido lo suficiente de su sinceridad. La historia sonaba de lo más descabellado, pero como ya había oído otras veces cuentos disparatados que al final resultaban ser verdad, había adquirido la costumbre de juzgar al hombre antes que al relato. Si Scudder hubiera querido colarse en mi piso para rebanarme el cuello, habría elegido sin duda una historietita mucho más agradable.

—Deme su llave —le pedí—, echaré un vistazo al cadáver. Disculpe la precaución, pero quisiera verificar algunos detalles si es posible.

Sacudió consternado la cabeza.

—Imaginé que me la pediría, pero no la tengo. Está en el llavero, en la mesilla del vestidor. Tuve que irme sin ella, no podía dejar indicios que levantara sospechas. Los distinguidos caballeros que me persiguen son gente con los ojos bien abiertos. Tendrá que fiarse de mí esta noche, pero mañana dispondrá de todas las pruebas que necesita sobre el asunto del cadáver.

Medité unos instantes.

—De acuerdo. Por esta noche me fiaré de usted. Lo dejaré encerrado en esta habitación y me guardaré la llave. Solo una cosa, Mr. Scudder. De veras creo que ha sido sincero conmigo, pero si luego se demostrara que no ha sido así, le advierto que me manejo muy bien solito con una pistola.

—Por supuesto —repuso dando un respingo—. No tengo el privilegio de conocerlo, señor mío, pero déjeme decirle que es usted un hombre íntegro. Le agradecería que me prestara una hoja de afeitar.

Lo metí en mi dormitorio y dejé que campara a sus anchas por allí. Media hora después emergió una figura que apenas reconocía. Solo sus hambrientos ojillos penetrantes parecían ser los mismos. Se había afeitado por completo, se había peinado con raya en medio y se había recortado las cejas. Además, se movía como si hubiera hecho la instrucción militar y hasta por su tez morena representaba el modelo de oficial británico que ha cumplido buena parte de su servicio en la India. También se había incrustado un monóculo en el ojo y había perdido todo rastro de acento americano en su dicción.

—¡Mi sombrero!, Mr. Scudder... —balbucí.

—Nada de Mr. Scudder —corrigió—. Le presento al capitán Theophilus Digby, del 40.º Regimiento de Gurkhas¹⁶, actualmente de permiso en la capital. Le agradecería que lo recordara, señor mío.

Le preparé una cama en mi salita de fumar y me dejé caer en mi propio sofá, más animado de lo que me había sentido durante el último mes. Al fin y al cabo, de vez en cuando pasaban cosas, incluso aquí, en esta metrópolis dejada de la mano de Dios.

A la mañana siguiente me levanté por culpa de mi sirviente, Paddock, que estaba armando un escándalo de mil pares de narices frente a la puerta de la salita.

Paddock era un tipo a quien había echado un buen cable en el Selakwi, y lo había colocado conmigo en calidad de sirviente tan pronto como llegamos a Inglaterra. Tenía las mismas dotes para la conversación que un hipopótamo y carecía de aptitudes para las tareas del servicio personal, pero bien sabía yo que podía contar con su lealtad incondicional.

—Deja de chillar, Paddock —le dije—. Hay un amigo mío, el capitán..., capitán... —no lograba recordar el nombre—, durmiendo ahí dentro. Prepara desayuno para dos y luego ven a hablar conmigo.

A Paddock le conté una historia preciosa sobre mi amigo. Era un tipo estupendo al cual le había dado un ataque de nervios por exceso de trabajo y ahora necesitaba silencio absoluto y tranquilidad. Nadie podía saber que estaba allí o, de lo contrario, lo ahogarían a base de notificaciones del Departamento para Asuntos de la India, dando al traste así con el tratamiento que el capitán estaba siguiendo, pero también con las intenciones del propio primer ministro. Debo decir que, cuando salió a desayunar, Scudder interpretó su papel de forma espléndida. Puso firme a Paddock con su monóculo, como haría cualquier oficial británico. Le preguntó por la guerra de los bóeres, y a mí me soltó una buena retahíla de anécdotas sobre ciertos amigos comunes que se acababa de inventar. Paddock jamás aprendió a tratarme con la debida cortesía, pero en cambio se dirigía a Scudder con un enfático «señor», como si la vida le fuera en ello.

Lo dejé allí con el periódico y una caja de puros, y me fui al centro hasta la hora del almuerzo. Cuando volví, el mozo del ascensor estaba cariacontecido.

—Un asunto «mu» feo esta mañana, señor. El «prenda» del número quince se ha «matao» de un balazo. Se lo han «llevao» ahora mismito a la «foneraria». La «poli» sigue ahí arriba.

Subí al número quince, donde me encontré con una pareja de *bobbies*¹⁷ y un inspector examinando la escena. Hice un par de preguntas tontas y me echaron de allí al instante. Me topé entonces con el hombre que servía a Scudder e intenté sacarle información. Pronto me di cuenta de que no sospechaba nada. Era un tipo quejumbroso con cara de cementerio, pero la media corona que le di obró maravillas para consolarlo.

Al día siguiente asistí a la vista judicial¹⁸. El socio de no sé qué editorial trajo pruebas de que el difunto le había propuesto una historia para una novela barata, y creía que había sido comercial de alguna firma americana. El jurado determinó que se trataba de un caso de suicidio por pérdida del juicio, y los pocos efectos personales que había en el piso fueron entregados al cónsul americano para que este los gestionara como fuera preceptivo. Di buena cuenta de todo lo sucedido a Scudder, que se mostró muy interesado. Me dijo que le hubiera encantado haber asistido a la vista, pues pensaba que sería tan excitante como leer la necrológica de uno mismo.

Los primeros dos días que estuvo conmigo instalado en el cuartito trasero los pasó bastante calmado. Leía, fumaba de vez en cuando y hacía sus anotaciones en una libretita que traía consigo. Cada noche jugábamos una partida de ajedrez, y siempre ganaba dándome un repaso. Creo que trataba de reponerse de un buen ataque de nervios, pues no en vano había pasado una época muy dura. Al tercer día, sin embargo, se hizo evidente que empezaba a inquietarse de nuevo. Preparó una lista de los días que restaban hasta el quince de junio, marcó cada día con un lápiz rojo e hizo una serie de anotaciones abreviadas al lado de cada marca. Solía encontrármelo hundiéndose en un escritorio marrón, con sus ojillos penetrantes perdidos en el vacío, y tras aquellos períodos de meditación, tenía tendencia a sentirse muy abatido.

Más tarde me di cuenta de que volvía a intranquilizarse con bastante frecuencia. Aguzaba el oído en busca de pequeños ruidos y no dejaba de preguntarme si Paddock era persona de confianza. En una o dos ocasiones se irritó sobremanera, aunque luego pidió perdón por ello. En cualquier caso, no lo culpé. De hecho, fui bastante indulgente con él, pues se había metido en un embrollo bastante difícil de aguantar.

No le preocupaba tanto la seguridad de su propio pellejo como el éxito del plan que había trazado. Aquel hombrecillo era puro carácter, sin debilidades de ningún tipo. Un día se puso muy solemne.

—Verá usted, Hannay —me dijo—. Creo de veras que debo darle un poco más de información sobre el asunto que me preocupa. Me fastidiaría mucho morir sin antes haber dejado a alguien en mi puesto para dar la batalla. —Y comenzó a contarme con detalle lo que solo había podido imaginarme al oír sus divagaciones.

No le presté mucha atención, la verdad. Me interesaba mucho más su peripecia personal que la alta política. Los asuntos de Karolides no parecían de mi incumbencia, así que pensé que mejor sería dejárselos a él. Mucho de lo que me contó, en definitiva, me entró por un oído y salió por el otro. Recuerdo que hizo hincapié en que el peligro para Karolides no comenzaría hasta su llegada a Londres, y que los riesgos provendrían de las más altas esferas, de donde no cabría albergar sospecha alguna. Mencionó el nombre de una mujer —Julia Czechenyi— en conexión con la amenaza al dignatario. Ella haría de señuelo, entendí, para que Karolides no tuviera el cuidado de sus guardaespaldas. También me habló de una «Piedra Negra», así como de un tipo que ceceaba. Por último, describió en detalle a un individuo al que jamás nombraba sin que un escalofrío recorriera su cuerpo. Se trataba de un anciano con voz de jovenzuelo que cerraba los ojos como un halcón.